

MARTI Y LAS "RAZAS DE LIBRERIA"

por Fernando Ortiz

EN estos tiempos que corren, de exacerbados conflictos racistas, las palabras de José Martí acerca de las razas y de los racismos están aún vigentes. Recordarlas es una reverencia en homenaje a quien los cubanos llamamos *Apóstol* y una enseñanza provechosa para nuestros pueblos.

Desde la conquista de América por los europeos y el establecimiento en ella de las encomiendas para los indígenas y el de la esclavitud para los negros traídos de Africa, hubo en Cuba mitología racista. Del Viejo Mundo trajeron la leyenda de que el patriarca Noé había maldecido por siempre a toda una rama de su descendencia, la de las "gentes de color".

El Padre Gumilla la aplicó singularmente a los indios de Suramérica, el Padre Las Casas aludió a tal leyenda en relación con los negros. Ese racismo llegó a tales absurdos que Fray Tomás Ortiz y Fray Domingo de Betanzos sostuvieron que los indios eran como bestias y que por tanto eran incapaces del bautismo y demás sacramentos. Fray Gregorio García dice que los indios "son aún de más baja y despreciada condición que los negros". Tan extendida fué esta teoría que el Papa Paulo III, en 1537, tuvo que dictar la bula *Sublimis Deus* para anatematizarla, si bien el año siguiente el mismo pontífice impidió su difusión en las Indias. Pero quizás el fanático más atrevido de esos teólogos racistas fué Fray Juan de Torquemada, quien sostuvo que por causa de la maldición de Noé le venía a todos los negros, no tan sólo la condena a ser siempre esclavos de las otras razas, sino hasta el mismo color de su piel. Según aquel fraile decía textualmente: "por justo juicio de Dios, por el descomedi-

miento que tuvo Cam con su padre, se trocó el color rojo que tenía en negro como carbón y, por divino castigo, comprende a cuantos de él procedan". Esa fábula bíblica de la maldición de Cam era la corriente entre los dominadores de Cuba, aún durante la vida de Martí. Después de muerto éste, todavía la sostenía el presbítero Juan Bautista Casas, en un libro suyo del año 1896, que fué uno de los inspiradores de la guerra crudelísima que a los cubanos hizo el Capitán General Valeriano Weyler. Decía el Padre Casas: "En cuanto a los motivos que aleguen los negros para sublevarse contra España, opinamos que nó tienen ninguno fundado. La raza negra sufre las consecuencias de un castigo y de una maldición que el Pentateuco nos refiere al hablar de Noé y de sus hijos; su inferioridad viene perpetuándose a través de los siglos. La redención de Jesucristo comprende a todos los hombres, según nos enseña el dogma católico; pero las naciones y los individuos de dicha raza negra han abusado de su libertad, negándose a participar de los beneficios que el Salvador nos mereció, derramando su divina sangre por todos los hombres".

Por otro lado, la opinión científica de las postreras décadas del siglo XIX, si bien había ya sobrepasado la época de la cosmogonía mitológica no estaba aún exenta del virus racista. La ciencia antropológica no podía, en realidad, ser más afirmativa que hoy del significado natural de las razas; pero las ideas evolucionistas privaban y las hipótesis de la gradación de las razas atraían a los teorizantes con el favor de los políticos imperialistas, así contra los pueblos de color, todos ellos carne de colonia, como en los pueblos blancos entre sí, todos ellos carne de cañón de sus propias contradicciones internacionales. Ya entonces el agresivo orgullo de cualquier política solía buscar en la joven ciencia antropológica, una anticipada justificación de sus ambiciones depredadoras. Gobineau, Lapouge y otros decían cuáles eran las razas escogidas y las malditas, y salían de sus cavernas el racismo nórdico, el latino, el germánico, el hispánico, el paneslavista, el semitismo y demás monstruos mitológicos, en busca de una predestinación científica, de un "destino manifiesto", tan fatal y falso como el de la estirpe de Canaan, que, según el folklore del Pentateuco, fué maldita antes de nacer. En

ese huracán de encontradas ideas e intereses, tuvo José Martí que enfrentarse con los problemas de las razas y los racismos; en el pensamiento, en la palabra y en la acción. Y en ese torbellino él mantuvo siempre la serena altivez de su mente, como buen separatista que siempre fué de todas las opresiones y de todos los fanatismos.

La obra escrita de José Martí no es un tratado didáctico, ni siquiera una faena sistemática, sino una producción fragmentaria, dispersa en versos, artículos, discursos y manifiestos; pero en toda su obra hay una vertebración interna, una idéntica y medular vitalidad que la impulsa.

José Martí, digámoslo en seguida, afirmó rotundamente, en una síntesis, que no existían las razas. Así dijo: "No hay odio de razas, porque no hay razas". Los pensadores canijos, los pensadores de lámpara enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color.

Martí no creyó en el mito de Cam y ni siquiera excusó la tolerancia de la esclavitud por la Iglesia, máxime cuando ésta ya había sido abolida en numerosos países por iniciativas no católicas. En uno de sus dramas, Martí hace que el personaje patriota, increpando al otro, el "falso cristiano" Padre Antonio, al oírle pronunciar el nombre de Jesús, exclame así:

“¡El nombre del Sublime
blasfemia me parece en vuestras bocas!
El que esclavos mantiene, el sacerdote
que fingiendo doctrinas religiosas
desfigura a Jesús, el que menguado
un dueño busca en apartada zona;
el que a los pobres toda ley deniega,
el que a los ricos toda ley abona;
el que, en vez de morir en su defensa,
el sacrificio de una raza explota,

miente a Jesús, y al manso pueblo enseña manchada y criminal su faz radiosa”.

Tampoco Martí se deja convencer por las “razas políticas”, y es indudable que sabe de su invención y de sus peligros.

“Peca contra la Humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas”. Pero, añade Martí, en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y de adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran en un período de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara precederas e inferiores.

Martí se ampara en su filosofía para desasirse de esos conceptos limitativos y atadores. Como es bien sabido, Martí gusta de proclamarse a sí mismo estoico y místico, y como buen estoico y espiritualista que es, cree en la igualdad de todos los hombres como miembros de un mismo cuerpo, de esa corporeidad mística que es concepto precristiano, restringido casi siempre por las teologías a los fieles de su respectiva grey, y revivido en su pristina pureza estoica por los espiritualistas modernos, entre los cuales pensaba José Martí.

Ni siquiera se deja convencer Martí por las que él llamó “razas de librería”. Y no cabe duda de que conocía las bibliotecas donde aparecían esas razas fantasmales de la alquimia antropológica, como antaño ocurría con los demonios. Leyendo a Martí se le ve tratar de las sociedades de antropología, de los congresos americanistas, de las civilizaciones pre-colombinas, y de los textos de sociología más en boga en su tiempo, hasta Spencer y Ribot. Y sobre todo, Martí comprende la importancia decisiva de esos problemas, lo inexcusable de su trato y se le ve interesadísimo en estudiar objetivamente los tipos humanos tenidos por raciales y sus repercusiones en la sociedad.

Ni siquiera olvida Martí los elementos étnicos que se trenzaron en su propia estirpe, probablemente de predominantes oriundece semíticas, y advierte la insignificancia de la realidad

como signo inequívoco del carácter humano, porque sobre la sangre heredada vuelan los espíritus de la historia y de los pueblos, que en cualquier ambiente social hacen de la humanidad un hervor de carnes y mentes, con los sabores de mestizajes infinitos. A ello alude Martí en este párrafo suyo de 1884: “¿Qué importa que vengamos de padres de sangre mora y cutis blanco? El espíritu de los hombres flota sobre la tierra en que vivieron, y se le respira. Se viene de padres de Valencia y madres de Canarias, y se siente correr por las venas la sangre enardecida de Tamanaco y Paracamoni, y se ve como propia la que vertieron por las breñas del cerro del Calvario, pecho a pecho con los Gonzalos de férrea armadura, los desnudos y heroicos caracas”.

Pero Martí no está dedicado a la enseñanza científica, ni a las disquisiciones filosóficas, ni siquiera a la hidridez de la literatura filosofante, pues sólo lleva en su tarea el amor de una fecundidad social.

Por eso, si afirma con rígida doctrina que en los humanos “no hay razas” para rechazar de raíz toda la peligrosa gravedad social de que suele cargarse ese concepto, no tiene reparos en usar a veces del vocablo “raza”, en el sentido impropio y vago pero muy corriente, para lograr así una mejor inteligencia de sus oyentes o lectores; pero reduciéndola entonces al significado social de ser un grupo humano histórico, más cultura que naturaleza, señalado típicamente por lo que él califica, con genialidad, de “carácter acumulado”. Así, usa una vez, quizás esa vez sola, en 1884 y escribiendo para la prensa argentina, el término “raza”, aplicándolo a la gente de “nuestras tierras americanas”, es decir al conjunto de pueblos de análoga cultura troncal, los de “nuestra América” como luego se ha venido repitiendo. Pero Martí no se equivoca. El sabe que “nuestra América” no es “nuestra raza” en un sentido biológico, pues se compone de múltiples gentes, de diversos colores, cráneos y cabellos; de una maraña de casi todas las razas del mundo, fueren éstas las que fueren y tal como quiera definir las la taxonomía más caprichosa. En el caso citado, “raza” quiere expresar “cultura”, como hoy se diría; pero esta acepción no estaba aún en uso hace 60 años, cuando escribía Martí.

De todos modos, trata Martí de privar al concepto de raza de una significación genética de carácter psicológico y de una trascendencia social, que excedían del sentido de una mera convencionalidad anatómica. Según dice Martí: "El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza u otra. Dígase "hombre" y ya se dicen todos los derechos".

"Peca por redundancia el blanco que dice "mi raza"; peca por redundancia el negro que dice "mi raza". Todo lo que divide a los hombres, todo lo que especifica, aparta o acorrala, es un pecado contra la humanidad. ¿A qué blanco sensato se le ocurre envanecerse de ser blanco, y qué piensan los negros del blanco que se envanece de serlo, y cree que tiene derechos especiales por serlo? ¿Qué han de pensar los blancos del negro que se envanece de su color? Insistir en las divisiones de raza, en las diferencias de raza, de un pueblo naturalmente dividido, es dificultar la ventura pública y la individual, que están en el mayor acercamiento de los factores que han de vivir en común".

Pide Martí para cada raza libertad y campo para su propia expresión. "Trae cada raza al mundo su mandato —dice—, y hay que dejar la vía libre a cada raza, si no se ha de estorbar la armonía del universo, para que emplee su fuerza y cumpla su obra, en todo el decoro y fruto de su natural independencia: ni ¿quién cree que sin atraerse un castigo lógico pueda interrumpirse la armonía espiritual del mundo, cerrando el camino, so pretexto de una superioridad que no es más que grado en tiempo, a una de sus razas?"

Porque en esa "superioridad" que señala Martí como admisible, nada hay de congénito, ni de hereditario, ni por tanto de verdaderamente racial; sino un desnivel contingente y cambiadizo al correr de la historia. Bien sabe Martí que pueblos y gentes o "razas" (permítasenos ahora el vocablo) que un tiempo fueron salvajes hasta el punto de ser tenidos por incapaces de civilización (como decía, por ejemplo, Fray Bartolomé de las Casas de los alemanes); luego han demostrado innegables aptitudes de superación; y viceversa, gentes que antaño fueron depositarias de la más avanzada cultura, por ejemplo, los árabes, cayeron, después, en decadencia evidente.

“No hay razas”, dice Martí; pero, al emplear el vocablo “raza” en su concepto más amplio, piensa que las razas sólo por ser tales razas, aún siendo distintas somáticamente, no son mejores ni peores unas que otras. Con precisión inequívoca dice: “El negro, por negro, no es inferior ni superior a ningún hombre”.

Esta idea de la verdadera significación social de los problemas llamados malamente raciales, para encubrirlos con el velo de la fatalidad, ilumina toda la obra de Martí. Ved lo que escribe en sendas ocasiones referente a los indios americanos que estudia en México, en Guatemala, en Venezuela y hasta en los mismos Estados Unidos.

“La educación de la raza indígena. El inmediato cultivo de los campos. Todavía está expuesto a ser esclavo el que mantiene esclavos a su lado. Alzanse remordimientos cuando pasa a nuestro lado un ser en forma igual a nuestro ser, por nuestro descuido casi imbécil, dueño, sin embargo, de dormidas fuerzas que, despertadas por una mano afectuosa, dieran honra e hijo útil a la hermosa patria en que nació. ¿Por qué, pobre raza hermana, cruzas la tierra con los pies desnudos, duermes descuidada sobre el suelo, oprimes tu cerebro con la constante carga imbécil? ¡Oh, cómo duelen estas desgracias de los otros!” “La raza indígena, escribía Martí en 1879, muy difícil problema, que demasiado lentamente se resuelve, sobre el que se echan con descuido los ojos, cuando el bienestar de todos los que en esta tierra viven de él dependen...”

Y después de analizar su abatimiento y sus causas y de propugnar una política de escuelas, cooperación y confianza, es decir de capacitación social, asegura Martí que entonces los indios serán “el más potente apoyo de la civilización de que son hoy la más pesada rémora...” “México hace bien en deshelar, como deshiela ahora, la raza india, donde residen su libertad y su fuerza...” “¡Hasta ahora no había América, hasta que los marqueses lloran por el indio!” dice Martí, recordando el dolor de todos los mexicanos a la muerte de su libertador Juárez. “La inteligencia americana es un penacho indígena, escribe Martí en 1884. ¿No se ve cómo del mismo golpe que paralizó al indio, se paralizó a América? Y hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América. El Indio que en la América

del Norte desaparece, amenazado bajo la formidable presión blanca o diluido por la raza invasora, en la América del Centro y del Sur es un factor constante, en cuyo beneficio se hace poco, con el cual no se ha querido calcular aún, y sin el cual no podrá, en algunos países al menos, hacerse nada. O se hace andar al indio, o su peso impedirá la marcha”.

Bien sabe Martí que la postración de la raza india es social y no antropológica. Por eso habla de esta “olvidada y triste raza india . . . con el triste rostro obscuro, más que por natural triste de su tez, porque en él llevan la vergüenza de 400 años . . . los cuales, sin embargo, le alientan, al pensar en su glorioso pasado, con firme fe en su seguro porvenir cuando levanten las espaldas dobladas y despierten sus espíritus dormidos”. Y hablando del estado abyecto de los indios norteamericanos, corrompidos en las reducciones, dice: “¡No hay vicio suyo de que no seamos culpables! ¡No hay bestialidad de indio que no sea culpa nuestra!”

Donde más expresivo se encuentra Martí, en su trato de las razas, es tocante a las gentes de piel negra. Son algo de Cuba, algo suyo. Siempre los llama negros y mulatos, sin los eufemismos coloniales de “morenos” y “pardos”, los cuales por ser aplicados a los libertos, daban relieve de infamia a los otros citados apelativos que para los esclavos se usaban. Martí no hacía el juego de los esclavistas ni de los racistas, que en los nombres de raza ponían afrenta. “No hay injuria en decir negro, como no la hay en decir blanco”, escribió Martí. Martí aseguraba, ya en 1880, que en su patria había una “suma considerable de hombres de color cubanos, tan sentidores de lo noble y tan capaces de lo intelectual como nosotros”. “La raza negra es de alma noble”, escribe años después.

A medida que se acerca la hora de la revolución libertadora, cuando más se le oponen a sus entusiasmos los recelos contra los negros, más se exalta Martí en defenderlos. Con ese motivo escribe: “Yo sé de manos de negros que están más dentro de la virtud que las de blanco alguno que conozco; yo sé del amor negro a la libertad sensata, que sólo en la intensidad mayor y natural y útil se diferencia del amor a la libertad del cubano blan-

co; yo sé que el negro ha erguido el cuerpo noble, y está poniéndose de columna firme de las libertades patrias”.

El año 1895, en paso a la revolución, Martí dirá todavía: “De padres de Africa ignorantes y sencillos han nacido en el país gran número de cubanos, tan aptos, por lo menos, para el arranque original y productor de un pueblo naciente, como aquellos de color más feliz que en la desgracia y el trabajo no hayan purgado su sangre de soberbia y molicie”.

Replicando a un diario filadelfiano mal avenido con los cubanos, Martí le enseña que “el hombre de color en Cuba es ya ente de plena razón, que lee en su libro y se conoce la medida de la cintura; sin que necesite que del cielo blanco le caiga el maná oculto, porque él se afina y levanta por sí propio, sino que los cubanos blancos, para evitar a la patria el malestar continuo que pudiera parar en parcialidad justificable y peligrosa, den, en la verdad de la costumbre, el ejemplo de la igualdad que enseña la naturaleza, confirma la vida virtuosa e inteligente del cubano de color, y sólo está hoy de disfraz en falsas leyes. Al que tiene todos mis vicios, y todas mis virtudes, yo le digo: tú eres mi hermano. Al que viene de más abajo que yo, y sube por su inteligencia y por su honradez y por su abnegación tan alto como yo, yo le digo: tú eres mi hermano. En Cuba no hay que elevar al negro: que a prorrata, valgan verdades, tanto blanco necesita elevación como negros pudieren necesitarla. En Cuba, por humanidad, y previsión, hay que ser justo”.

¡Con cuánta emoción fraternal evoca Martí las figuras culminantes entre la gente cubana de color! Léanse sus páginas dedicadas a Juan Guarberto Gómez, a Rafael Serra y tantos otros, y, mejor que todas, las consagradas a Mariana Grajales, la madre de los Maceo. ¡La madre! Así, *madre*, nada más que *madre*, fué el epitafio que Martí envió para su tumba, alzando con ello un simbólico monumento cubano de admiración y de amor a “la madre negra”, a esa gran madre que aman todas las Américas, que ya Brasil ha honrado con una bella estatua a la *Mae Preta*, y también el pueblo de Cuba, con un bronce de la Madre negra, aquí personificada en Mariana de los Maceo.

No desconoció Martí las deserciones de la raza de los abatimientos lamentables, frecuentes entonces entre los hombres de

color, como en todas aquellas gentes oprimidas que en la congoja de su infelicidad caen en el suicidio moral con la misma desesperanza de los esclavos, cuando se ahorcaban en racimos por el agobio insoportable de su condición. No era blando Martí con los que, acobardados, renegaban de su sangre. Oíd estas frases restallantes: "Tiene la vida, entre sus viles, los que le niegan a la madre el vientre, o cargan con rabia sorda la condición que no saben realzar con su virtud, o venden, por el apoyo que los empine en el mundo, el honor que puede sólo asegurarlos en él. No es de éstos Rafael Serra, ni de los que andan la jornada a la grupa de otro, ni de los que empeñan su albedrío por una migaja de lisonja".

Con tales antecedentes, fácil es comprender cómo para Martí el problema de la raza de color en Cuba no era sino una "cuestión social", como lo escribió al general Antonio Maceo. Pensaba Martí de esta manera, con su penetrante visión: "... a mis ojos no está el problema cubano en la solución política, sino en la social, y como ésta no puede lograrse sino con aquel amor y perdón mutuo de una y otra raza, y aquella prudencia siempre digna y siempre generosa de que sé que su altivo y noble corazón está animado. Para mí es un criminal el que promueva en Cuba odios, o se aproveche de los que existen. Y otro criminal el que pretenda sofocar las aspiraciones legítimas a la vida de una raza buena y prudente que ha sido ya bastante desgraciada. No puede usted imaginar la especialísima ternura con que pienso en estos males y en la manera, no vociferadora ni ostensible, sino callada, activa, amorosa, evangélica de remediarlos".

Y esa "cuestión social", según Martí, estaba íntimamente enlazada con la condición del proletariado. Lo indican claramente estos párrafos de su carta a Serafín Bello, fechada el 16 de noviembre de 1889. Dicen así: "El hombre de color tiene derecho a ser tratado por sus cualidades de hombre, sin referencia alguna a su color; y si algún criterio ha de haber, ha de ser el de excusarle las faltas a que le hemos preparado, y a que lo convidamos por nuestro desdén injusto. El obrero no es un ser inferior, ni se ha de tender a tenerlo en corrales, y gobernarlo con la pica, sino en abrirle, de hermano a hermano, las consideraciones y derechos que aseguran en los pueblos la paz y la

felicidad. El hombre se limitaría por sí mismo, y no son necesarios más límites. El aseado es la nobleza y el desaseo la plebe. El que cultiva su inteligencia va de un lado, y el que no la cultiva va de otro. Los honrados son mi círculo, y otro los pícaros. ¡Quiero yo saber quién no desea estar entre los nobles! Pero eso ha de dejarse a lo natural, y las condiciones de la felicidad deben estar sinceramente abiertas, y con igualdad rigurosa, a todo el mundo. Ni me ocurre que se pueda pensar de otra manera. Pero se piensa. Y se retarda el bien de los hombres, y por torpeza e injusticia, el de nuestra patria”.

Para Martí la “cuestión social” del negro era un capítulo de la genérica “cuestión social”. Aquélla arrancaba de una histórica y compleja condición económica de los negros, la cual los supeditó al trabajo de la esclavitud y, ya libertos aquéllos, aún continuaban humillándolos en todos los ambientes a donde la esclavitud y su recuerdo extendían sus sombras. Sin duda la “cuestión social” de los negros es un problema de dineros más que de colores; no es una incompatibilidad de sangres, sino un conflicto de economías. Decía con precisión José Martí: “Los esclavos, blancos o negros, fueron depuestos en largas generaciones, por el recuerdo de la esclavitud más que por la culpa del color, del derecho en la aptitud y en la virtud con sus antiguos amos”.

No podrá tacharse a José Martí de demagogo oportunista por su actitud tan reflexivamente ponderada como patrióticamente renovadora. Estas frases elocuentes que siguen, aunque escritas para encabezar una crónica volandera de la revista “Patria” el año 1892, son tan expresivas y de una penetración tal, y tan realistas y tan idealistas de consuno, que merecen ser recordadas en estas horas graves de nuestras patrias americanas.

“Sobre lo verdadero hay que golpear. En lo caliente del hierro hay que dar. Con ir de espaldas a la verdad, de sombrero de pelo y bastón de oro, no se suprime la verdad. En un pueblo, hay que tener las manos sobre el corazón del pueblo. Es más necesario y justo acercarse a los que han nacido en él, y lo aman, que a los que no han nacido en él, y no lo aman. Y el corazón crece, y la paz pública, cuando los elementos nacionales de cólera y desorden se convierten por su propia virtud en elementos de amor y orden. Es demagogo el que levanta una porción

del pueblo contra otra. Si levanta a los aspiradores contra los satisfechos es demagogo; si levanta a los satisfechos contra los aspiradores es demagogo. Patriota es el que evita, por la satisfacción de las aspiraciones justas, el peligro del exceso de aspiración”.

En definitiva, Martí tuvo que abordar concretamente la cuestión racista y sus repercusiones sociales y políticas, al emprender la organización del movimiento revolucionario de Cuba. En su patriótica faena, Martí trató siempre de dar claridad a esos conceptos del racismo. “Esa de racista está siendo una palabra confusa, y hay que ponerla en claro”, decía Martí. Este advertía muy bien que el racismo es siempre un fenómeno social binario, de efecto doble, no sólo por ser de ida y retorno entre dos razas, sino por ser a la vez ofensivo y defensivo, como toda actitud polémica. Todo racismo tiene su rebote. Si una raza tanto se exalta a sí misma que ofende a otra, de ésta vendrá la revancha; si una raza se exaspera en la defensa de sí es contra otra que le hace la enemiga. “El racista blanco que le cree a su raza derechos superiores, dice Martí, ¿qué derechos tiene para quejarse del racista negro, que también le vea especialidad a su raza? El racista negro, que ve en la raza un carácter especial, ¿qué derecho tiene para quejarse del racista blanco? El hombre blanco que, por razón de su raza, se cree superior al hombre negro, admite la idea de la raza, y autoriza y provoca al racista negro. El hombre negro que proclama su raza, cuando lo que acaso proclamó únicamente en esta forma errónea es la identidad espiritual de todas las razas, autoriza y provoca al racista blanco. La paz pide los derechos comunes de la naturaleza: los derechos diferenciales, contrarios a la naturaleza, son enemigos de la paz. El blanco que se aísla, aísla al negro. El negro que se aísla, provoca a aislarse al blanco”.

Para esos racismos injustificados y ofensivos, Martí tiene una condenación rotunda, inequívoca. “La palabra racista caerá de los labios de los negros que la usan hoy de buena fe, cuando entiendan que ella es el único argumento de apariencia válida, y de validez en hombres sinceros y asustadizos, para negar al negro la plenitud de sus derechos de hombre. Dos racistas serían igualmente culpables: el racista blanco y el racista negro. Todo

lo que divide a los hombres, todo lo que especifica, aparta o acorrala, es un pecado contra la humanidad. ¿A qué blanco sensato le ocurre envanecerse de ser blanco, y qué piensan los negros del blanco que se envanece de serlo y cree que tiene derechos especiales por serlo? ¿Qué han de pensar los blancos del negro que se envanece de su color? Insistir en las divisiones de raza, en las diferencias de raza, de un pueblo naturalmente dividido, es dificultar la ventura pública y la individual, que están en el mayor acercamiento de los factores que han de vivir en común”.

Apenas terminada la guerra de los diez años, ya fué acosado Martí por los racismos, los del blanco contra el negro y los que de éste repercutían en aquél. Fué singularmente muy controvertido el problema del “miedo al negro”, en el cual se sintetizaba el conflicto de todos los racismos de Cuba. Para muchos blancos era un temor real de la rebeldía de los subyugados, para otros era un pretexto más para la subyugación; para unos negros era un signo de su propia potencia, que era temida por ser amenaza verdadera; para otros era un nuevo vejamen que más los arrojaba en la servidumbre; para todos, para blancos y negros, era una dolorosa preocupación, una muralla contra libertades y progresos, un complejo inhibitorio que durante siglos influyó, y no hay por qué negar que influye todavía, en las sinuosidades de nuestra historia patria.

Martí estuvo siempre convencido de que “en Cuba no hay temor alguno a la guerra de razas. Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. En los campos de batalla murieron por Cuba; han subido juntas por los aires las almas de los blancos y los negros. En la vida diaria de defensa, de lealtad, de hermandad, de astucia, al lado de cada blanco hubo siempre un negro”.

Martí sabe, sin embargo, que si blancos y negros se unen, también se separan, pero no por fricciones de sus razas sino por todos los móviles humanos de la vida. “A los hombres los reúne el vicio o la virtud, dice. Hay blancos y negros tan juntos por la virtud, que no será posible separarlos sin separarlos antes de sus propias entrañas. No saben lo que dicen los que otra cosa dicen. Uno que otro airado habrá, por disimulada soberbia o por impaciencia de justicia; pero en los brazos abiertos cae toda esa

montaña de odio. Lo dominante es el amor". No obstante, sigue pensando Martí: "Los negros, como los blancos, se dividen por sus caracteres, tímidos o valerosos, abnegados o egoístas, en los partidos diversos en que se agrupan los hombres. Una vez en Cuba Libre, unos y otros entrarán juntos en la formación de los partidos políticos que no son agregados de razas sino de preocupaciones, de aspiraciones, de intereses y de caracteres".

Martí con su clara perspicacia percibe que las divisiones políticas de los cubanos no serán por las razas. "Los hombres de pompa e intereses irán de un lado, blancos o negros; y los hombres generosos y desinteresados se irán de otro. Los hombres verdaderos, negros o blancos, se tratarán con lealtad y ternura, por el gusto del mérito, y el orgullo de todo lo que honre la tierra en que nacimos, negros o blancos".

El mismo espíritu de Martí se revela también en este párrafo: "No derramamos en vano nuestra sangre en la admirable lucha. Por la libertad de todos los hombres, blancos y negros, combatimos; y no ha de haber cubano honrado que se atreva a injuriar a los que por la libertad y honor combaten. Libres hicimos a los hombres negros, y es necesario que sean libres. Viles dejamos de ser los hombres blancos, y es necesario que no volvamos a ser viles".

Quizás mi abuelo tenía razón cuando me decía: "Martí era un mulato por dentro". Al fin, es cierto que no hay razas puras y que todos los seres humanos, sin excepción, somos mestizos de incontables cruzamientos. Martí, como todo hombre, no era sino una gota de sangre, de las sangres derramadas en todos los cruces donde las parejas en amor clavaron su humanidad eterna, y, además, como todo genio, llevaba en su mente la esencia de todos los mestizajes de las ideas, las cuales se engendran en los abrazos de las culturas del mundo.